

# Una hendidura en la nieve

## Verónica Gerber

La educación se ha centrado mucho más en el lenguaje hablado y escrito que en el de las imágenes; tal vez porque para hablar y escribir hay reglas mucho más específicas, tal vez porque cuando hablamos y escribimos utilizamos un orden que produce una comunicación aparentemente más certera. *Círculo* es una palabra que entendemos automáticamente y de la que podemos hacernos una imagen mental. Pero justo ahí, en tan abrazado entendimiento, el paso de la palabra a la imagen mental o al objeto supone un intervalo. Este intersticio es un *no-lugar* tan grande o tan pequeño como la complejidad de la imagen: “su conversación crecía en círculos, elipses infinitas de objetos, historias y personajes” es una frase que resulta mucho más complicado contener, absolutamente toda, en una imagen. En cambio, al acercarnos a una imagen, por muy claras que sean las cosas representadas —*una manzana, una mesa, un cuchillo y un plato*, por ejemplo— debemos descifrar la relación entre el objeto representado *per se* y su significado en la imagen. La palabra esconde en silencio la cosa a la que se refiere, es decir, su *referencia*, y

la imagen oculta el significado con el que debiera asociarse, es decir, su *concepto*. Cada una, a su modo, guarda un secreto. En el intervalo hay siempre un hueco: el silencio, que comparten tanto palabras como imágenes.

En su afán por formular algo, la palabra y la imagen se han cifrado como lenguajes distintos, distantes; se han separado poco a poco hasta convertirse en unidades casi ajenas con una única relación posible, puramente ilustrativa: la imagen que encarna el texto o el texto que explica la imagen. Lo que se pone en juego al tratar de relacionarlas es su capacidad de representación, otra característica común entre palabras e imágenes. “Hacer presente algo con palabras o figuras que la imaginación retiene”, es la definición que da la RAE a la palabra *representación*. Si representar es hacer presente, ¿presentar y representar son lo mismo? Vale la pena preguntarse si la palabra y la imagen *presentan* o *representan*, es decir, si constituyen un hecho en sí o si, efectivamente, traducen la realidad en una especie de teatralización; si están en medio del mensaje cual conectores o si son en sí mismas, más allá de cuanto puedan explicarnos del mundo exterior; y, en última instancia, si son ficciones o mundos realmente habitables. Pero no hay respuesta, no una más verdadera que otra. Simpatizo más con la idea de la “presentación”, al menos como utopía. El ideal de

- Verónica Gerber Bicecci (Ciudad de México, 1981) es ensayista. Egresó de la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda”. Ha presentado las exposiciones individuales *¿Te acuerdas del Principito?* (2001) y *Ego periferia* en Aldaba Arte (2007). Colectivamente, su obra ha sido expuesta con *harto\_espacio* en Montevideo, y en las galerías Ramis Baquet en Monterrey, Art & Idea en México, Kunst Arkaden en Alemania y en diversos espacios independientes de la República Mexicana.

que, tanto palabras como imágenes, sean un solo mundo que se sostiene por sí mismo y no, necesariamente, el espejo de lo que los hombres no alcanzamos a hacer o ver. De todas formas, lo importante aquí es subrayar las posibles semejanzas entre estos universos tan apartados, descubrir si realmente están tan lejos, reconstruirles su vínculo. Para ello recurriré al pasado remoto.

El mapa más antiguo que se conoce data de 1160 AC. Mide casi tres metros por cuarenta centímetros, es el registro detallado y a todo color del recorrido topográfico por un curso de agua seca que comunicaba al río Nilo con el Mar Rojo, una rica zona minera explotada durante siglos por los egipcios. Es el primer documento de una expedición. Un mapa es una *representación* gráfica y métrica que *describe* un espacio geográfico. Para usar un mapa, del mismo modo que una palabra o una imagen, es necesario codificar su dibujo; sólo así será posible mirar y entender a través de su silencio. Pa-

labras e imágenes son mapas del tiempo, simbologías, planisferios, mapamundis de los océanos del conocimiento.

Los testimonios más antiguos de la humanidad son dibujos. Dibujar es *describir*, delinear, develar. Así como el lápiz se desliza entre reglas y escuadras, la tradición oral, los códices e ideogramas dibujaron una historia, un recorrido. Palabras (habladas o escritas) e imágenes (escritas o habladas) son vestigios, señales de civilizaciones que transformaron en signos sus posibilidades de conocimiento del mundo exterior. Una señal es un signo; un signo una cosa que *representa* o está en el lugar de otra. Pero una señal, además de signo, es una huella, es decir, un rastro, y un rastro delinea también un camino: un trineo al deslizarse sobre la nieve *describe* dos líneas paralelas. El rastro que queda en la nieve es un dibujo; una letra es también, a fin de cuentas, el rastro de una línea dibujada.

Dibujar es delimitar el espacio, ya sea el gesto de encuadrar una foto-

grafía o el del contoneo caligráfico. El acto de dibujar es el puente perdido entre palabras e imágenes. Escribir es hacer mapas, abrir y cerrar líneas, trazar rutas laberínticas, ejes, flujos automovilísticos: “@” la entrada a una glorieta, “y” una bifurcación, “l” una avenida recta, “d” un parque al sur de una calle, “p” un parque al norte de una avenida, “x” un cruce de caminos, “c” un auditorio. Las letras delimitan el espacio que dibujan y a su vez conforman palabras, que son también imágenes conceptuales. Un compás *describe* una circunferencia. Describir es moverse, trasladarse, desplazarse a lo largo de una línea. Una “o” es una circunferencia.

Escribir implica el gesto de un buen dibujante. Una palabra es la hendidura que deja un trineo en la nieve y su imagen una grieta en la circunferencia de una naranja. Ambas rendijas, ranuras, resquicios conectados por un mismo intervalo enmudecido. ~

